



5 de junio: Día Mundial del Medio Ambiente

## Hacia una nueva ética ambiental en nuestra región



La repetición anual de esta efeméride pareciera que nos está llevando a una rutinización celebratoria sin mayores efectos en el cambio esencial de los comportamientos individuales y sociales respecto a nuestro ambiente, en donde se siguen observando las consecuencias destructivas de nuestras cegueras, ambiciones y mercantilismos irracionales sobre la integridad de nuestro bosque amazónico.

El conformarnos con ello y no pasar a tomar decisiones sociales y políticas de mayor envergadura hace que cada año celebremos esta fecha en condiciones cada vez más deprimentes, pues las informaciones que nos llegan describen un panorama cada vez más agresivo por

sujeción a intereses transnacionales, de naturaleza mercantilista, que significan más y más destrucción ambiental, pese a las declaraciones de políticos y funcionarios en el sentido de defender nuestros intereses regionales.

Por esta razón, es que considero de la mayor importancia abordar el tema al que alude el título de este artículo, pues sin una nueva ética que rija las relaciones con nuestro ambiente, será imposible que demos un viraje a nuestra actuación individual y social.

Partamos, entonces por reconocer que por la imposición de la cultura dominante, la mestiza de origen foráneo, los valores relacionados con el AMBIENTE, generalmente son obviados, ignorados, cuando en nuestra región hablamos de EDUCACIÓN EN VALORES. Es decir que no damos ninguna importancia a los valores que deben orientar las relaciones con nuestro BOSQUE, como escenario ambiental. Priorizamos los valores mercantilistas, en los que centramos el interés formativo de nuestros educandos.





Contrariamente, en los pueblos indígenas amazónicos, el valor ecológico de los elementos de su entorno fue asumido con una de las más altas jerarquías en el comportamiento de sus miembros. A partir de su milenario contacto con el bosque, que les proporcionó una rica experiencia y profundos conocimientos, los pueblos indígenas amazónicos, construyeron una forma de actuación, tanto individual como colectiva, respetuosa de su entorno natural. Intuitivamente asumieron un universo axiológico ambientalista, de defensa y preservación de su entorno

existencial, que les aseguró su pervivencia social y cultural.

Es dicha experiencia la que les permitió apreciar, valorar, su entorno existencial; y así, de generación en generación, vía el ejemplo cotidiano, transmitieron a las nuevas generaciones este aprecio y respeto por el río, la cocha, la flora, la fauna, el suelo y cuanto componente descubrieran en dicho entorno. Aprecio y respeto que fueron procesados y expresados en la integralidad de sus culturas. Esta relación se alteró con la incorporación de la cultura de origen europeo, que impuso también sus jerarquías axiológicas, haciéndose hegemónicas a consecuencia del avance impositivo de dicha cultura mediante diversos mecanismos, entre los cuales se encontró la educación formal.

Es así como aprendimos a percibir a nuestro ambiente de manera distinta a la tradicional y establecer nuevas relaciones con él. En concordancia con la nueva estructura de valores todos los elementos ambientales fueron reubicados en una nueva jerarquía y, entonces, el BOSQUE pasó a ser bosque, el RÍO pasó a ser río, la COCHA pasó a ser cocha, el ÁRBOL pasó a ser árbol, etc., pues pasaron a tener solo un valor mercantil, para la compra y la venta, dejando de ser apreciados por su valor ecológico-espiritual, pues el valor económico ocupó la cúspide de esa jerarquía.

En este marco axiológico todo ha adquirido solo un valor económico. Mercantilismo puro. El ÁRBOL no es visto como ÁRBOL sino como algo que solo sirve para transformarlo en madera, carbón, leña, etc., de manera que, puestos frente a un árbol, lo único que se nos ocurre, por nuestra anémica formación, es cortarlo o talarlo.



En nuestra actual sociedad no hemos aprendido a verlo y apreciarlo como parte integrante del paisaje natural. Ignoramos que naturalmente cumple funciones ambientales: produce oxígeno, amortigua las altas temperaturas, absorbe el monóxido de carbono y demás gases nocivos para la salud, viabiliza la evaporación de las aguas (por ello hay nubes y lluvias), retiene las aguas de las lluvias para liberarlas progresivamente (por ello existen los arroyos, quebradas, manantiales, etc.), protege al suelo (evita su erosión por las fuertes precipitaciones), sirve de hábitat a las aves en cuyas ramas anidan, se protegen y posan, nutre al suelo, ornamenta el paisaje, brinda una sombra refrescante, sus frutos alimentan a las aves y mamíferos (incluyendo a los seres humanos),... Todas ellas funciones de la

mayor trascendencia en la dinámica ambiental, aún no valoradas, a condición de mantenerlo en pie.

Igual viene sucediendo con la cocha y el río, a los que solo vemos como proveedores de peces para el consumo y la venta, pero no en su función ecológica como fuentes y hábitat necesarios para la diversidad de vida y, por lo tanto, los estamos convirtiendo en basureros de los pueblos y ciudades.



En resumen, no hemos aprendido a darle valor ecológico a nuestro bosque y todas sus riquezas. Dominados por el economicismo, en todas sus manifestaciones patológicas, nos hemos olvidado que entre los valores en los que prioritariamente debemos educar a las nuevas generaciones deben estar los VALORES ECOLÓGICOS, aprendiendo de la sabiduría de los pueblos indígenas que somos hijos de la naturaleza, que somos parte de ella y que, si no frenamos la exacerbada artificialización, hacia la que nos dirigimos, seremos víctimas de nuestra propia destrucción.

Es este economicismo, mercantilismo puro, lo repetimos, el que nos está llevando a la peor catástrofe de la humanidad, generada

por nosotros mismos. El cambio climático, cuyas evidencias se hacen cada vez más contundentes y catastróficas, nos tiene que obligar a un cambio profundo en nuestra actuación frente a la naturaleza. A nuestra TIERRA.

Cambio que solo podrá ser logrado a partir de una EDUCACIÓN ECOLÓGICA, FORESTAL en cuyo marco formativo las nuevas generaciones aprendan a valorar su entorno ambiental, adquieran profundos conocimientos de nuestra realidad forestal, de su complejidad, de su dinámica, etc.; nuevas capacidades de uso no destructivo de sus recursos; se comprometan con su preservación, etc.

Bien haríamos, pues, en incorporar los valores ecológicos: amor y respeto a la naturaleza, a la diversidad biológica, al ambiente, a nuestros recursos naturales, el cuidado de los jardines, de las plantas, del aire, de nuestras calles, de las aves, de las flores, de nuestra comunidad, etc., como referentes de primer orden para nuestro comportamiento individual y social.

